

211072

1
1407
86

VIDAS DE LA UNIDAD AMERICANA

VEINTE Y CINCO
BIOGRAFIAS
DE
AMERICANOS
ILUSTRES

POR

HERMINIO PORTELL VILÁ

Profesor titular de Historia de América,
Universidad de La Habana



1944

EDITORIAL
OBISPO 530

MINERVA
LA HABANA

Narciso López, precursor de la independencia de Cuba

Venezuela, que dió a Miranda, a Bolívar, a Sucre y a Páez, conquistadores de su libertad, también dió libertadores a otras tierras de América, hombres que identificaron tan completamente sus vidas con las fortunas políticas de los pueblos a cuya independencia aspiraban, que en más de una ocasión dieron su sangre y hasta la existencia misma en el noble empeño de crear otras repúblicas... Narciso López de Uriola, el venezolano que enseñó a los cubanos



a batirse con las tropas españolas, que dió a Cuba su bandera y que nos legó el ejemplo magnífico de su consagración invencible a la causa de nuestra independencia, tiene títulos indiscutibles a la gratitud y a la admiración de nuestro pueblo...

Narciso López nació en Caracas el 2 de noviembre de 1797, cuando Miranda era por tierras de Europa el primer conspirador por la Revolución Hispanoamericana, y cuando Bolívar, entonces casi un niño, estaba ya complicado en los movimientos políticos de la época, reprimidos con mano fuerte por el gobierno español. El padre de López, como el de Miranda, era comerciante y terrateniente, establecido en Valencia y en la

Venezuela

propia Caracas, y estaba casado con una dama caraqueña de antigua y distinguida familia, doña Ana Paula de Uriola, mujer de excepcionales cualidades... El matrimonio tuvo varios hijos, además de Narciso, y varios de sus descendientes, y también la misma doña Ana Paula, vivieron en Cuba durante largos años... En la familia siempre hubo y se conserva todavía la tradición del amor por Cuba y la devoción por la figura contradictoria e interesante de aquel gallardo soldado que entre nosotros fué héroe y mártir...

Por su posición social y económica Narciso López alcanzó en Venezuela la educación que era posible obtener en Caracas antes de la Revolución, inferior a la de Bolívar por el hecho de que éste tuvo los mejores preceptores privados disponibles; pero igual o superior a la de los grandes caudillos de la Guerra de Independencia Venezolana: hasta fué alumno de la Academia de Matemáticas de Wantosten, creada por la Suprema Junta Gubernativa, al mismo tiempo que lo era un joven cortés, de acerada energía y de superior inteligencia, unos pocos años mayor que él, y que era Antonio José de Sucre, llamado a ser el Gran Mariscal de Ayacucho y primer Presidente de Bolivia...

El 5 de julio de 1811, al hacerse la Declaración de la Independencia de Venezuela, los alumnos de la Academia de Wantosten dirigieron una instancia al comandante militar de Caracas, coronel Juan Pablo Ayala, en la que reclamaban que se les diese instrucción militar y se les destinase al servicio de la Patria hasta asegurar su independencia. Entre las firmas de ese documento figuraba la de Narciso López, quien aún no había cumplido los catorce años. Quizás si por esa circunstancia el joven escolar no fué llamado al servicio de las armas; pero ya por entonces tenía una estatura superior a su edad, era un jinete consumado y desarrollaba aquellas formidables fuerzas físicas con que habría de asombrar a sus contemporáneos... Del lado de los españoles, sin embargo, combatía contra los patriotas el coronel Francisco López (a) "Gorrita", quien se había distinguido como furibundo enemigo de la independencia, y puede que esto también influyese para que se mirase con una cierta prevención entre los revolucionarios al sobrino de aquel adversario intratable. Sea como fuere, Narciso

López no tuvo éxito en su solicitud de sentar plaza en las filas patriotas, ni entonces ni a los pocos años después, ya que en septiembre de 1813, cuando Bolívar sitiaba a Puerto Cabello, el joven caraqueño estaba entre los sitiadores, pero como espectador. Poco después, junto al Libertador, contempló desde el Mirador Solano el desembarco de los refuerzos enviados de España, y en septiembre de ese año también asistió al combate en que triunfó el general José Félix Ribas, junto a La Guayra; pero sin combatir... No había entre los patriotas muchos hombres que pudieran competir en fuerza, agilidad, destreza, puntería, etc., con aquel joven de dieciséis años; sin embargo, no había empleo para él entre los libertadores y su tío lo llamaba una y otra vez a pelear como español.

Narciso López ingresó como soldado en el ejército español el mismo día en que Bolívar quedó derrotado por Boves en el desastre de La Puerta, que pareció el final de la guerra de independencia, hasta el punto de que la mayor parte de los jefes patriotas emigraron al extranjero o se refugiaron en los bosques, fuera del alcance del terrible "Tigre de los Llanos", que asesinaba, violaba, saqueaba, incendiaba y torturaba por el placer de hacer el mal. El padre de López pereció en la matanza llevada a cabo por Boves y sus llaneros con ocasión de la toma de Valencia; y por espacio de algún tiempo desapareció la República Venezolana para ser reemplazada por el más atroz despotismo. El joven López hubo de llamar la atención de uno de los segundos de Boves, el brigadier Francisco Tomás Morales, cruel, disoluto y sin escrúpulos, pero asimismo valiente hasta la temeridad, quien tomó bajo su protección al nuevo recluta y ejerció sobre él una lamentable influencia.

Dos meses apenas sirvió López como soldado distinguido del Regimiento de Infantería del Rey, ya que en seguida fué ascendido a subteniente. De ahí en adelante se va distinguiendo continuamente por su valor y su pericia; pero en todo el ejército de Morillo no se habla de otra cosa sino de las cargas que encabeza aquel oficial quien, al caer sobre las filas patriotas, lleva envainado el sable y enfundadas las pistolas y como única arma un manatí del que hace uso cuando es atacado directamente y con el cual derribaba fácilmente a un hombre... López no quería derramar la sangre de sus compatriotas aun-

que vistiese la que él mismo habría de llamar, años después, en carta escrita a su madre desde Trinidad "aquella brillante aunque ignominiosa librea"... El general Morales, para asombrar a Morillo con las fuerzas del joven teniente, le había invitado un día a demostrarlas con pruebas como las de doblar un peso plata o partir por el medio un juego de naipes finos, con los dedos, así como obligar a un caballo a caer de bruces con la presión de sus rodillas... Había una especie de fatalismo en la manera con que López combatía, como si buscara a la muerte; pero ésta no lo quería. Cada combate en que tomaba parte le daba ocasión de distinguirse, y en 1818, hecho capitán a los veinte años, se le trasladó al Regimiento de Lanceros del Rey y luego al de Húsares de Fernando VII, que eran las unidades escogidas que tenían que hacer frente a la terrible caballería de José Antonio Páez. En 1819 López era teniente coronel y con ese grado participó de la memorable batalla de Carabobo, donde su comportamiento fué tan heroico que quedó propuesto para coronel y se le dió ese grado efectivo... Era en los días de la derrota de los realistas, y López fué gobernador de la provincia de Maracaibo, el último reducto de los españoles, hasta la capitulación pactada por Morales, que cumplió como segundo jefe del ejército derrotado el que, al ser evacuado, fué trasladado a Santiago de Cuba...

Las tropas al mando de Morales estaban completamente demoralizadas y abundaban entre su oficialidad los venezolanos que, como López, habían seguido las banderas de España y no pocos de los cuales se radicaron en Cuba y años más tarde se sumaron a su antiguo jefe en sus esfuerzos revolucionarios... Era en los momentos que Cuba estaba sacudida por la agitación constitucionalista, por la Conspiración de los Soles y Rayos de Bolívar, por la amenaza de que Bolívar preparaba una expedición libertadora, que vendría a la Isla al mando de Páez, y por los primeros movimientos anexionistas... Los efectos de la Revolución de la Gran Colombia, del desprestigio en que había caído la monarquía y de la corrupción del gobierno del general Vives, se hacían sentir en toda la Isla. López permaneció en Cuba hasta los primeros meses del año de 1827; pero a fines de 1826 el coronel López tuvo que comparecer ante la Audiencia de Puerto Príncipe, en defensa de los intereses de

la familia de su esposa, Dolores de Frías y Jacott, hermana del después Conde de Pozos Dulces, y fué protagonista de un ruidoso incidente con el Presidente de dicho Tribunal ante el cual se ventilaba un juicio que afectaba a la propiedad de los terrenos del Vedado, en La Habana, que el Estado español reclamaba a los Frías. El día de la vista Narciso López compareció en juicio con su uniforme completo de coronel de Húsares de Fernando VII, el pecho lleno de condecoraciones y ceñido el sable de caballería...

—Señor coronel, —comenzó diciéndole el Presidente del Tribunal— la Audiencia ve con disgusto el que V. S. haya insistido en comparecer en estrados con sus armas y os invita a que dejéis el sable en la portería...

—Me niego a desceñirme el sable, Sr. Presidente—, contestó López, —si puedo aparecer en presencia del Rey con mis armas, la Audiencia de Puerto Príncipe no puede aspirar a más...

La controversia sirvió para señalar al oficial venezolano a los ojos de los cubanos descontentos y que habían estado buscando, por espacio de muchos años, un caudillo militar dotado de resolución. Mucho pesaban sobre López, sin embargo, sus antecedentes de criollo al servicio de España e influenciado por un jefe como el mariscal Morales; pero con todo ello, la orden que lo trasladó a la Península, en 1827, ya reconocía que el caraqueño se estaba relacionando demasiado estrechamente con la sociedad cubana, en la que había el fermento de la Conspiración del Aguila Negra. En España el coronel López estuvo casi siempre en situación de cuartel, o sea, sin mando efectivo de tropas, aislado como muchos otros de los jefes y oficiales que habían sido derrotados en América y a los que se designaba con el nombre genérico de "Ayacuchos" en atención a que ésa había sido la victoria decisiva de los patriotas sudamericanos. Al mismo tiempo que con los "Ayacuchos" estableció López sus contactos con todos los criollos residentes en Madrid, especialmente los cubanos, que habrían de formar el "Club de los Habaneros", dirigido por Prudencio Hechavarría, Andrés Arango, Juan Montalvo, Juan Kindelán y otros, a los que más tarde se agregarían José Antonio Saco, los Guiteras, Domingo del Monte y muchos más.

Al empezar la Guerra Carlista el militar caraqueño fué inmediatamente llamado al servicio activo, como jefe del Regimiento Primero de Caballería de Castilla, participó de la campaña de Portugal, en 1834, y fué ascendido a brigadier. Correspondióle servir a las órdenes del bravo y noble general Jerónimo Valdés, quien tanto se había distinguido combatiendo contra San Martín, Bolívar y Sucre en la campaña del Perú, y Valdés se aplicó a lograr la regeneración moral de aquel subordinado, valiente hasta la temeridad y para el cual no había empresa difícil, quien no tardó en salvar la vida de su general, lo que selló una amistad indestructible entre los dos hombres. Fué Valdés quien puso a Narciso López en la comisión internacional encargada de regularizar la Guerra Carlista, a fin de eliminar las atrocidades que se cometían por ambas partes, y en ella, actuando junto a Lord Eliot y al coronel Gurnwood, los comisionados británicos, el militar caraqueño se conquistó los elogios de estos últimos, que figuran en su informe oficial al Parlamento de Londres, en 1836.

Por convicción y por temperamento López era hombre liberal y se asoció con los liberales, no pocos de los cuales eran "Ayacuchos". Cuando los "isabelinos" se dividieron en moderados y progresistas, su puesto estuvo entre estos últimos, que eran los partidarios de las reformas, y poco a poco llegó a ser uno de los hombres más influyentes de ese partido. Jefe de la caballería de la Ribera, gobernador de Cuenca, de Valencia y de Madrid, senador del Reino por Sevilla, reputado de "Primera Lanza del Ejército de María Cristina" por sus proezas con esa arma, con ella venció en singular combate, frente a frente "carlistas" e "isabelinos", al coronel Carlos O'Donnell, conquistándose el odio eterno de su pariente, Leopoldo O'Donnell, después Capitán General de Cuba y llamado con justicia el "Leopardo de Lucena".

En 1836, cuando la expulsión de los diputados cubanos de las Cortes españolas, Narciso López convocó a una reunión a los oficiales criollos que servían en el ejército de María Cristina y propuso que se hiciera la dimisión en masa de los grados y honores alcanzados al servicio de España como demostración de inconformidad con la injusticia hecha. En el seno del "Club de los Habaneros" abogó porque se hiciera una activa campaña

de protesta, hizo personalmente gestiones con los legisladores españoles y logró para ella el apoyo del general Valdés; pero todo fué en vano. Hacía pocas semanas que su amigo, el habanero general Vicente de Quesada, gobernador de Madrid, había sido asesinado y despedazado su cadáver por las turbas madrileñas amotinadas, y en los oídos de López resonaban las últimas palabras de su compañero de armas: "No se puede ser hombre de bien en este país ingrato"... En parecidas circunstancias, años atrás, otro oficial criollo, José de San Martín, que servía en el ejército español, había visto al populacho gaditano cuando asesinaba y se ensañaba con los restos del general Marqués del Socorro, y aquella escena terrible lo había decidido a volver a América y a luchar por la independencia argentina... En López se produjo la misma reacción con el martirio del general Quesada...

La conspiración de la Cadena Triangular y Soles de la Libertad, descubierta en La Habana en tiempos del tirano Tacón, tenía amplias ramificaciones en España y Narciso López estaba complicado en ella y figuró entre los delatados por el espionaje colonial. El esbirro Joaquín Valdés "hijo de un fraile y rufián de profesión", que decía del Monte, denunció a López de haber asistido a las reuniones que tenían lugar en Madrid, Cádiz y otras poblaciones de la Península, y Tacón, quien conocía bien las opiniones liberales del militar venezolano, envió a España toda aquella información. El propio López, al explicar después el cambio de sus ideas políticas, cuidó de decir:

...Cuando en 1837, merced a mis servicios, pude elevarme a los más altos puestos de la monarquía constitucional española y penetrar en el corazón de la política de su gobierno y en las intrigas de su Corte, adquiriendo así el conocimiento pleno de lo egoísta y maquiavélica de la una y lo inmoral corrompida de la otra, patentizados estos dobles vicios con la clausura escandalosa de las Cortes contra los diputados de Cuba y Puerto Rico, desde entonces juré en lo profundo de mi alma consagrar el resto de mis días a la humana y patriótica empresa de arrancar entrambas islas de las garras de su no menos despiadada que voraz madrastra...

En 1838, al ser atacado por Martínez de la Rosa en el Congreso, a causa de su actuación al reprimir los motines de Valencia, ya López hubo de aludir veladamente a sus propósitos revolucionarios cuando terminó su defensa, en un folleto impreso, con la declaración de: "...Al triunfo de la libertad pongo toda consideración y miramiento..."

López contribuyó poderosamente a la caída de la Regencia de María Cristina, en 1840, y al establecimiento de la de Espartero, que fué la victoria del progresismo. Primero en Barcelona y luego en Madrid su arrojo y su popularidad decidieron el buen éxito del movimiento, y a la llegada de Espartero a la Corte, recibido en triunfo, López, que había estado actuando como gobernador militar de la plaza, fué quien lo recibió. Con Espartero llegaban al poder el general Jerónimo Valdés, el mariscal Lorenzo y todos los amigos liberales de López, quien pidió con insistencia que se diera la gobernación de Madrid al general Rodil para acompañar a Cuba al nuevo Capitán General, que lo era Jerónimo Valdés.

Durante el mando de su amigo la conducta de López. Presidente de la Comisión Militar Ejecutiva y Permanente y gobernador de Trinidad, fué irreprochable; pero sus ideas, su espíritu democrático, su condición de criollo y sus prestigios militares, como general de glorioso historial, lo convirtieron en personaje de gran popularidad entre los cubanos. La caída del progresismo en España, que elevó al gobierno al "espadón" Narváez, determinó el relevo de Valdés, reemplazado por O'Donnell, enemigo mortal de López, quien inmediatamente fué despojado de sus cargos y relegado a la condición de cuartel...

López había hecho venir a Cuba a su anciana madre y a una sobrina, la Sra. Rosa Salicrup de Sánchez, quienes le acompañaban, y en La Habana ejercía las funciones de Cónsul de Venezuela otro pariente suyo, Manuel Muñoz y Castro, todo lo cual da idea bien clara de que había vuelto a la Isla con el propósito bien definido de afincarse en ella y vivir sus problemas.

El nombramiento de O'Donnell y las persecuciones de éste en su contra le alentaron en sus propósitos revolucionarios, ya que no tenía con el nuevo Capitán General vínculo alguno

de amistad o gratitud. En una carta a su madre, escrita desde Nueva York en 1849, López explicó claramente que aquellas circunstancias le habían estimulado a iniciar su conspiración. Dedicado a negocios de azúcar, de minas, de ganado, etc., el general en desgracia recorría la Isla sin llamar la atención y en todas partes era bien recibido. Los soldados, de quienes era el ídolo por su llaneza y sus hazañas, le saludaban con afecto en todas partes; era recibido en los salones de La Habana, Matanzas, Cárdenas, Cienfuegos, Trinidad, etc., y se relacionaba con los cubanos más eminentes de la época, cuyas disposiciones en cuanto a la independencia procuraba adivinar... Jovial o serio, según la condición de su interlocutor, no tenía las mismas maneras cuando hablaba con don Blas Cruz, de Matanzas, emparentado con los Ximeno y los Milanés, que cuando lo hacía con don José de la Luz y Caballero.

En casa de don Blas, mientras preparaba la organización del núcleo revolucionario, era el hombre chispeante y alegre que, al llegar la criada, una mulata garrida y hermosa, de piernas muy delgadas, a servir el café, decía en voz alta:

—Blas: ¡qué andamios!, y que reía ante la aguda contestación de la mulata, que decía: "Montada al aire, Sr. General, como la piedra fina"; pero mientras los demás seguían comentando el intercambio de frases, él, don Blas, Sebastián Alfredo de Morales, Felipe Gauneaurd, y otros, hacían el inventario de las armas y los recursos reunidos.

Don Pepe, el "santo laico" de la cubanidad, al discutir la división entre los cubanos revolucionarios, de los que unos, los de López, aspiraban a la independencia, mientras que otros, los de los esclavistas del "Club de La Habana", eran anexionistas, exclamaba nerviosamente:

—Le abandonan, López, le abandonan...

Y López replicaba con viveza: "Los cubanos nadan, don Pepe, lo que hay que hacer es empujarlos hacia el agua..." Es decir, el punto principal era iniciar la revolución, porque después el esfuerzo sería hacia la independencia, que era la solución lógica para un hombre con la mentalidad de López.

En 1847 López había organizado en Las Villas la Conspiración de la Mina de la Rosa Cubana, así llamada por uno de los pozos de su coto minero de San Fernando, en Manicaragua.

Su principal teniente era el joven trinitario José María Sánchez Iznaga, sobrino del patriota José Aniceto Iznaga, emigrado éste en los Estados Unidos a consecuencia de sus gestiones cerca de Bolívar para hacer la revolución en Cuba, veinte y cinco años atrás. Sánchez Iznaga hizo un viaje a los Estados Unidos, donde se entrevistó con su tío y con su antiguo compañero de conspiración, Gaspar Betancourt Cisneros, y allá sostuvieron la siguiente conversación:

—¿Qué piensa la juventud cubana? ¿Está conforme con sus cadenas?, —preguntó José Aniceto.

—Por supuesto que no—, respondió José María, y agregó: Por lo pronto en Trinidad y en Cienfuegos, así como en Camagüey y en Matanzas, hay grupos en los cuales el descontento es grande y que laboran en silencio con la secreta esperanza de conquistar la independencia...

—Sí, sí—, interrumpió impaciente el viejo Iznaga: Mucho descontento; pero de ahí no pasan, igual que cuando este viejo "Lugareño" y yo nos entrevistamos con Bolívar, hace muchos años, sin que en la Isla hubiese un hombre capaz para ser el caudillo del movimiento. Por eso le pedíamos al Libertador que nos enviase un general experimentado...

—Pues, bien, tío—, añadió José María: ahora contamos con ese hombre, que es Narciso López, jefe de nuestra conspiración...

—No acaba de gustarme—, comentó gruñón José Aniceto, y agregó: Sus antecedentes de militar al servicio de España son conocidos, aunque lo sé valiente y experimentado y hasta popular en el país...

—Este "Ignacio Tenaza" nunca está satisfecho—, dijo en tono festivo el "Lugareño", y luego, dirigiéndose a su antiguo compañero, le preguntó: ¿No sabes que ahí tenemos el valiente general de nuestra caballería, que necesitábamos? Lo que dice tu sobrino es una gran noticia y apoyo el movimiento...

Casi al mismo tiempo Narciso López, de visita en La Habana, tenía una entrevista con el Cónsul norteamericano, Robert B. Campbell, y de boca de éste descubría que en la capital de la Isla había otra conspiración, de carácter anexionista, dirigida por los hacendados y los criollos ricos, en general, organizados en el "Club de La Habana", que estaban gestionando la contratación de un general norteamericano, de los evacuados de Mé-

xico al terminarse la guerra entre ese país y los Estados Unidos, con un contingente de soldados licenciados. Iznaga y Betancourt Cisneros, al mismo tiempo, se entrevistaban en Washington con el Presidente James K. Polk y el Secretario de Estado, James Buchanan, a quienes indiscretamente revelaron la confidencia hecha por José María Sánchez Iznaga. Mr. Polk les escuchó gravemente e hizo dos o tres observaciones; pero el Secretario Buchanan, al despedirlos, dejó caer esta observación: "Es una lástima que tal cosa vaya a ocurrir en Cuba ahora. Sí: es lástima que pueda haber una revolución en la Isla en estos momentos..." Los dos cubanos no sabían que Polk y Buchanan habían iniciado una negociación para comprarle a España su colonia de Cuba y que por eso lamentaban que hubiese un brote revolucionario.

Casi en seguida fué descubierta la Conspiración de la Mina de la Rosa Cubana; pero Narciso López, prevenido a tiempo, desorientó a la policía con una fuga espectacular desde Trinidad a Manicaragua y a Cienfuegos, donde uno de los conjurados, el licenciado Francisco Díaz de Villegas, le entregó su famoso caballo "Mazeppa", que se reputaba de ser el corcel más veloz de Las Villas. López partió al galope, como el centauro que era, y desapareció de la jurisdicción donde se le buscaba, huyendo en dirección a Colón, donde llegó a tiempo de coger el tren de Cárdenas tras veinte horas en la silla. En Cárdenas, con toda despreocupación, Narciso López se hizo afeitarse en la barbería y saludó a su antiguo subordinado, el coronel Quintayros, gobernador de la plaza, con el propósito de averiguar si hasta allí habían llegado las órdenes para su arresto. Por la tarde, tranquilo a ese respecto, tomó el vapor "Habanero" y desembarcó horas después en Matanzas donde, tras de haber arreglado su fuga a los Estados Unidos a bordo del bergantín "Neptune", que se haría a la vela por la noche, el fugitivo se apareció a saludar al brigadier José Falgueras, en la Casa de Gobierno.

—Querido general, ¿cuándo llegó usted?—, le preguntó el gobernador Falgueras.

—Anoche, algo tarde, y por eso dejé para hoy el placer de saludar a usted,— contestó López.

—Placer mutuo, por Dios. Y está usted gordo y de buen color,—observó Falgueras.

—Es que la vida activa me hace mucho bien,— volvió a responder López.

—¿Jinetea usted mucho?, —inquirió el gobernador de quien acababa de pasar casi un día entero a caballo.

—Bastante. Ya ve usted: en el campo vale más el caballo que el carruaje. ¿Y la señora y la familia?,— preguntó imperturbable López.

—Tan buenos. Ya la verá usted, pues supongo que honrará usted hoy mi mesa..., —agregó solícito Falgueras.

—Acepto para ser honrado,— fué la respuesta.

Y, en efecto, a las seis de la tarde Narciso López, perseguido en Las Villas y en La Habana por toda la policía colonial, comía tranquilamente con el gobernador de Matanzas, decía galanterías a la señora, dejaba caer como al descuido que su rápido viaje a La Habana tenía por objeto “salvar la vida a un desdichado”, que posiblemente era él mismo, y después se despedía para ir a su escondite de donde, disfrazado de marinero, a las diez y media de la noche, subía al “Neptune” y escapaba rumbo a Newport, Rhode Island.

Al día siguiente llegaba a Falgueras la noticia de que su comensal era jefe de una conspiración fracasada y que lo había engañado. El sorprendido gobernador no pudo menos de comentar:

—“Lo que más admiro es la serenidad de ese hombre: ¡tan jovial! tan amable como siempre, sin que se le notase una sombra de inquietud cuando su vida pendía de un hilo. Mucho nos va a dar qué hacer ese diablo que después de estar veinte horas a caballo parecía tan fresco como si se levantase de la cama”...

Pocas semanas después ya López se encontraba en los Estados Unidos, donde organizó la Junta Promovedora de los Intereses Políticos de Cuba, con José María Sánchez Iznaga, Ambrosio José González, Juan Manuel Macías y Cirilo Villaverde, separados del Consejo de Organización y Gobierno Cubanos, presidido por Cristóbal Madan e integrado por elementos anexionistas que trabajaban de acuerdo con los partidarios de la anexión que formaban el Club de La Habana. La distinción entre los objetivos políticos de estos dos grupos, uno, el de López, republicano, y el otro, el de Madan, anexionista, no ha

sido hecha por la mayoría de los historiadores y Narciso López sigue siendo considerado, con gran injusticia, como anexionista, cuando nunca tuvo el apoyo de los que profesaban esas ideas.

A principios de 1849 vivía López en Nueva York, en la calle de Howard núm. 39, casi esquina a Broadway, y visitaba con frecuencia la casa del patriota Miguel Teurbe Tolón, casado con su prima Emilia, cubana bellísima y entusiasta. Una noche apareció López allá a tomar su taza de café y entre sorbo y sorbo dijo a sus amigos:

—La revolución necesita una bandera y yo no tuve tiempo de salvar la que había hecho confeccionar en Trinidad, que ha caído en manos de los españoles... Aquí, además, viendo el pabellón de los Estados Unidos, se me han ocurrido ciertas modificaciones al proyecto original y hoy he estado haciendo un croquis o modelo... La dificultad está ahora en cortar las telas y coserlas...

—Yo pudiera encargarme de ese trabajo y lo haría con gusto,— indicó Emilia Teurbe Tolón.

—Esa es mi esperanza cuando vine esta noche, señora,— contestó López, y añadió: Mi proyecto es el de hacer cinco franjas, tres azules y dos blancas, con un triángulo rojo, que represente en sus proporciones equiláteras y simples la unión de todos los cubanos sobre bases de igualdad, y en el cual campee la estrella pentagonal, blanca, que iluminará con sus destellos los destinos de la naciente nación bajo los colores republicanos...

¡Magnífica idea!,—exclamaron los cubanos allí reunidos, mientras que Emilia, la Betty Ross cubana, confeccionaba el primer modelo de la bandera de la patria, sobre el cual a los pocos días se habían hecho tres grandes banderas de seda, una de ellas traída a Cárdenas un año después.

Nueva York no presentaba entonces las mejores perspectivas para organizar una expedición militar a Cuba, por razón de la distancia y por el hecho de que la actuación del Consejo de Organización y Gobierno Cubanos presentaba a los patriotas divididos en dos grupos, por lo que López decidió dirigirse a Nueva Orleans, en el golfo de México, de donde era más fácil trasladarse a Cuba. En Nueva Orleans encontró López muchos entusiastas simpatizadores entre los norteamericanos, algunos

de ellos anexionistas, y entre los cubanos. Su más decidido partidario, sin embargo, fué Lawrence J. Sigur, director del periódico "The Delta", quien lo alojó en su casa, lo relacionó con personas influyentes, puso a su disposición las páginas del periódico, y le entregó cuanto poseía y hasta le sirvió de garantía para pedir dinero prestado; pero siempre desinteresadamente, sin siquiera abogar por la anexión, por lo que, cuando fracasaron las expediciones de López y fué ejecutado éste en La Habana, Sigur quedó del todo arruinado.

Algún dinero levantó también López con la venta de bonos emitidos por la Junta Revolucionaria que él presidía y en los cuales no había la más remota referencia a la anexión. Las patentes de corso que expidió con su firma no una, sino cinco veces, se referían en su texto a la República de Cuba como el objetivo de la revolución. Desde Wáshington hasta Nueva Orleans, pasando por Louisville, Natchez, Vicksburg, Baton Rouge, Jackson; de Nueva Orleans a Key West, con escalas en Biloxi, Mobile y Pensacola, y desde Key West hasta Wáshington, deteniéndose en Jacksonville, Savannah, Charleston, Wilmington y Richmond, Narciso López estuvo en continuas gestiones para levantar fondos, obtener material de guerra y transportes, y alistar reclutas... Su labor era constante y, aun sin dominar el idioma inglés, el entusiasmo con que hablaba de la causa de Cuba, su gallarda postura y la sensación de formidable fuerza física y de bizarría con que hablaba, conquistaban el apoyo popular.

Dos veces, en 1849, fracasaron sus expediciones, desbaratadas por las autoridades federales norteamericanas, que arrestaron a los reclutas y siguieron proceso contra López: fueron ésas las expediciones de Round Island y de Cat Island, en el Golfo de Pascagoula. Sin descorazonarse volvió López a sus trabajos de organización, allegó nuevos recursos, en buena parte enviados por sus amigos de Cuba y hasta por su sobrina, Narcisa Salicrup de Sánchez, desde Cienfuegos. En mayo de 1850 la tercera expedición preparada por López salió de Nueva Orleans, distribuida entre varios buques, entre ellos el vapor "Creole", y reunidos los expedicionarios en aguas de Yucatán, ese buque tomó a su bordo más de seiscientos hombres de diferentes nacionalidades, con todo su equipo. Los cubanos eran una exigua minoría de patriotas, fieles compañeros de López, como Ambrosio José

González, Juan Manuel Macías, Francisco J. de la Cruz y otros, poquísimos en número; pero la mayoría eran norteamericanos aunque no faltaban húngaros, alemanes, ingleses y hasta un argentino. Desde el 11 de mayo flotaba al viento la bandera de la Estrella Solitaria, en la redacción del periódico "The Sun", de Nueva York, y en la de "The Delta", de Nueva Orleans, mientras ambas publicaciones anunciaban el inicio de la Revolución Cubana.

El 19 de Mayo de 1850 el "Creole", que había entrado sigilosamente en la bahía de Cárdenas, quedó encallado en el fango a un cable de distancia del muelle de Muro, que era el de mayor longitud del puerto. Casi en seguida comenzó el desembarco y los expedicionarios, reunidos en el muelle, se prepararon a penetrar en la ciudad. Una patrulla que iba de avanzada se apoderó del comerciante D. Juan Queipo, para que sirviese de guía, y con las primeras luces del día comenzó la marcha. Iban delante López y su estado mayor, con su prisionero, debidamente custodiado, y a su lado marchaba el abanderado Bill Redding distendiendo a la brisa de la mañana el nuevo pabellón. Por la calle de Pinillos avanzó la pequeña columna, que torció a la derecha para tomar la calle Real de Isabel II, hacia la Plaza de Armas... Al llegar al cuartel y cárcel D. Juan Queipo obligado por sus captores, hizo resonar la puerta de un aldabonazo, que fué contestado con un ¡Quién vive? por el centinela. Queipo, lleno de terror, respondió: "¡España! pero los que vienen atrás son americanos", y se dió a la fuga.

Sonaron entonces los primeros tiros, allí y del otro lado de la Plaza, en la Casa de Gobierno, y cayeron heridos los primeros expedicionarios, entre ellos el cubano Ambrosio José González y el coronel Wheat. El gobernador Cerutti, parapetado en la Casa Consistorial con más de cincuenta soldados, abrió vivísimo fuego contra los patriotas y lo siguió a pesar del humo de unos haces de paja que se quemaban en el patio. López, sin empuñar sus armas, se dirigió a la puerta del cuartel y la hizo retumbar con dos puñetazos formidables al mismo tiempo que su voz varonil, la voz de mando que los soldados españoles conocían tan bien, ordenaba: "¡Alto el fuego!". "¡Quién lo manda?", preguntó todo asombrado el jefe del retén, y al oír: "¡Yo! Narciso López", cesó el fuego allí y poco después se rendían el gober-

nador y los suyos: la bandera de Cuba había triunfado en su primer combate... Veinte y cinco soldados de la guarnición, varios vecinos y siete esclavos se incorporaron a los expedicionarios, cuyas proclamas no mencionaban la anexión para nada, sino que anunciaban la celebración de una asamblea constituyente que determinaría el régimen de gobierno de Cuba.

Reembarcados los expedicionarios después de haber estado en posesión de la plaza, sobre la cual convergían todas las tropas de los alrededores, volvió López a los Estados Unidos, donde fueron confiscadas sus pertenencias y se le siguió proceso por la violación de las leyes de la neutralidad. Pocos meses más tarde el incansable conspirador organizaba en Nueva York la expedición del "Cleopatra", que fracasó al ser interceptada por la policía de Nueva York, y a mediados de 1851 ya estaba López de nuevo en la Luisiana, dedicado a organizar otra tentativa revolucionaria que iba a ser la definitiva, necesariamente, porque en Trinidad los antiguos compañeros de López, al mando de Isidoro Armenteros, y en Camagüey los que seguían las inspiraciones de Gaspar Betancourt Cisneros, y que reconocían a Joaquín de Agüero como jefe, se habían alzado prematuramente. Dominado por el pesimismo hubo de comentar López esas noticias con estas palabras: "¡Desventurados! Ahora serán batidos y destruidos separadamente y cuando me presente yo, el país, sobrecoigido ante la represión española, no estará dispuesto a la lucha".

De todos modos, no había más remedio que hacer la intentona, aunque las fuerzas fuesen insuficientes, con la esperanza de salvar a los sublevados, y en agosto de 1851 Narciso López desembarcaba en El Morrillo, Pinar del Río, con su quinta expedición, compuesta de poco más de 400 hombres, entre ellos unos cincuenta cubanos, al mando de Ildelfonso Oberto, venezolano, antiguo oficial a las órdenes de López hasta 1823, y de Felipe Gotay, uno de los recultas de Cárdenas. En Las Pozas y en el cafetal de Frías la pequeña columna libertadora se enfrentó con las tropas españolas y quedó victoriosa, causando numerosas bajas a los soldados coloniales, que perdieron en uno de esos combates al jefe que las mandaba, que era el general Manuel Enna. Después, agotadas las municiones, hambrientos y hostilizados continuamente, los expedicionarios

comenzaron a dispersarse. Todavía se batieron en Candelaria y en Los Aguacates los restos de los libertadores, cuyo proyecto de constitución prometía a los cubanos la república y que no encontraban apoyo popular. Finalmente, el 24 de agosto López quedó con solamente nueve compañeros, entre ellos su sobrino Pedro Manuel López, y el resto cubanos y españoles... Estaba en los Pinos de Rangel, región que conocía bien y en la que tenía un compadre, el canario José Antonio de los Santos Castañeda, a quien se confió y que fué el que le entregó a sus perseguidores para cobrar la recompensa ofrecida por la captura del valiente venezolano, pero que no la disfrutó mucho tiempo, ya que la justicia del pueblo lo ejecutó pocos años más tarde, en un atentado que hizo decir al Capitán General Concha: "Los cubanos me han arrojado a la cara la sangre de Castañeda".

Desde Rangel hasta Guanajay la marcha de los prisioneros fué un terrible vía crucis, amenazados, maltratados, insultados y martirizados. López, la barba crecida, en mangas de camisa y el pantalón hecho jirones, conservaba su marcial tálante y dominaba su furor; pero era el blanco de las iras de los reaccionarios. Atado con fuertes cuerdas, el precursor de la independencia de Cuba marchaba con una soga al cuello, de la cual tiraba el traidor Castañeda, para mejor recordar los versos de Ercilla acerca de Caupolicán, el bravo guerrero de "La Araucana":

...Con una soga al cuello, y grueso ñudo,
De la cual el verdugo iba tirando...

En Guanajay un noble español, Manuel Bustamante, amigo de otros tiempos, dió oportunidad a López para arreglarse y vestirse de limpio, y de allí el desgraciado caudillo fué llevado a Mariel, donde el crucero "Pizarro" le tomó a su bordo, rumbo a La Habana. Ya en cubierta López fué recibido por el capitán Ignacio de Arellano, quien le hizo quitar sus ataduras y le dejó en libertad de caminar por el buque a cambio de su palabra de que no intentaría escapar. Al llegar a La Habana, después de largas conversaciones entre el militar y el marino, López se despidió de Arellano con una simple pe-

tición: "Arellano: ¿me permite usted abrazarle?" Y los dos hombres se estrecharon fuertemente...

El 31 de agosto quedó condenado López a la pena de muerte, previa la degradación; pero el tribunal, obediente a las órdenes del Capitán General Concha, dispuso que la sentencia fuese ejecutada en garrote y no por fusilamiento, como correspondía a un militar de su categoría... Era la última prueba de ensañamiento de aquel gobernante cruel e implacable. Por un momento pensó López en protestar contra aquella ejecución infamante, pero después reflexionó y dijo, tranquilamente:

...Para el hombre que tiene su conciencia limpia, lo mismo da morir en garrote vil que de fiebre inflamatoria...

El día 1º de septiembre, a las siete de la mañana, conducido entre dos filas de soldados tras los cuales se agolpaba el pueblo, Narciso López marchó camino del cadalso: caminaba erguido, con paso firme, lleno de vida y de vigor, dejando resbalar la mirada por sobre los rostros de los soldados a quienes había mandado y de los hombres del pueblo por cuya libertad iba a morir. Agil y seguro subió al tablado fatal, en el que se cumplió la ceremonia de arrancarle los galones en medio de un silencio sepulcral... De repente habló y su voz llena y sonora se oyó distintamente por encima del redoble de los tambores que trataron de acallarle:

...Compatriotas y hermanos: No vine a las playas de Cuba a traer males, sino bienes, a sus habitantes. Mi empresa ha sido desgraciada... Voluntariamente me he entregado al gobierno español para salvar la vida de los míos... Ya sólo me queda rogaros que pidáis a Dios por el descanso de mi alma; que me perdonéis los que he podido ofender, así como de todo corazón hago yo al que me haya ofendido. Compatriotas y hermanos: ¡adiós! ¡Adiós, mi Cuba querida...!

Subía un murmullo de entre el pueblo al conjuro de estas palabras, que no lograban acallar los tambores, y el verdugo, impaciente, se apoderó del brazo del reo con el propósito de arrastrarlo hasta el banquillo. Una violenta sacudida del héreu-

les maniatado lo arrojó contra la máquina de muerte, al tiempo que la voz iracunda le decía: "Espere, señor..." Y en efecto, Narciso López, el amigo inolvidable de Cuba, que se redimía de sus errores al morir por la independencia de su patria adoptiva, tenía algo más que decir ante el garrote, algo que oyeron todos hasta hacer a Cuba libre, años más tarde: "Mi muerte no cambiará los destinos de Cuba...", es decir, el pueblo cubano se organizará en república democrática, que fueron las últimas palabras del héroe y mártir, como una profecía y una promesa ..